

Autenticidad y determinación

La nueva generación de artistas vascos

Desde la escultura

Galería Ángel Romero. San Pedro, 5, Madrid. Del 14 de marzo al 30 de abril

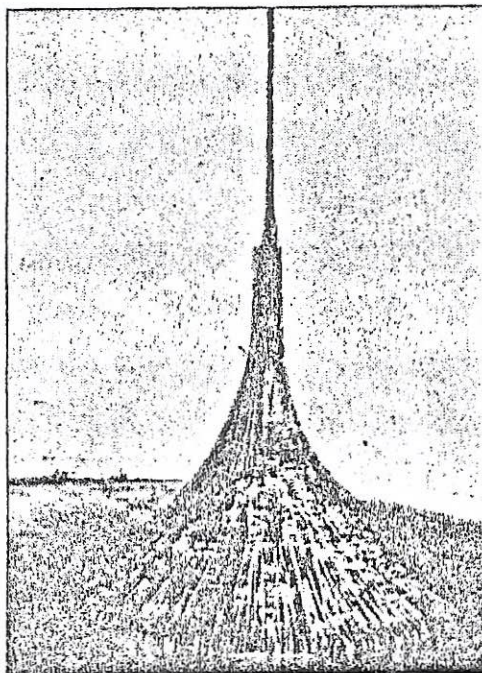
Nueva generación / Belaunaldi berria

Galería Gamarra y Garrigues. Villanueva, 21, Madrid. Del 8 de abril al 8 de mayo

F. CALVO SERRALLER

La coincidencia en dos galerías madrileñas de sendas muestras colectivas de jóvenes artistas vascos es una noticia estimulante. Esta buena nueva no es un desahogo sociológico más en favor de la corriente del espíritu autonomista a la moda, por más que no deje de ser sospechosa la vía muerta informativa en la que parece excepcionalmente caer entre nosotros el pujante arte vasco actual, que en estos años ha estado representado en Madrid con cuantagotas, muy lejos de lo que su original calidad merece.

En cualquier caso, si hablamos de calidad, las pruebas cantan, y van a estar al alcance de cualquiera que quiera verificarlo. Por un lado, en la galería Ángel Romero exponen cinco escultores —Txomin Badiola (Bilbao, 1957), Ángel Bados (Pamplona, 1945), María Luisa Fernández (León, 1956), Juan Luis Moraza (Vitoria, 1960) y José Ramón Sainz Morquillas (Baracaldo, 1947)— que, en puridad, al margen de coincidencias estratégicas y afinidades electivas, no constituyen un grupo, salvo en el caso de la pareja María Luisa Fernández y Juan Luis Moraza, que se dieron a conocer como tal con las siglas de CVA. Sin forzar, por tanto, el significado de esta coyuntural convergencia, que ya dio lugar en febrero del pasado año a otra exposición conjunta en Barcelona (*Mitos y delitos*), bien acogida por la crítica inteligente; el caso es que si hay un aire de familia entre todos ellos: el intento común de aunar la fi-



A la izquierda, obra de María Luisa Fernández. A la derecha, dibujo de Jorge García.

delidad a cierta identidad artística local, representada por Jorge Oteiza, con esa vía experimental cosmopólica que no ha querido romper artificialmente con el pensamiento vanguardista de la década de los setenta, arte conceptual y minimalismo.

El vértigo de las modas posee un ritmo tan frenético que no tarda mucho en poner en evidencia las precipitaciones superficiales, a la vez que premia la labor reflexiva de los que se resisten al oportunismo. En líneas generales, el conjunto de escultores vascos aquí reunidos está mercedamente encuadrado en la positiva segunda opción, lo que en algunos casos —los de Ángel Bados y José Ramón Sainz Morquillas, con una importante trayectoria— ha sido una cuestión de ejemplar coherencia.

Con piezas y dibujos bien escogidos, el resultado global de la muestra es muy convincente y de una calidad media sorprendente. Hay que resaltar, en primerísimo lugar, el extraordinario impacto que me han producido todas las

obras de María Luisa Fernández, sin duda una de las mejores escultoras jóvenes de este país.

También la sobresaliente sensibilidad de Sainz Morquillas, una de cuyas piezas, la formada con una serie de extrañas torres cónicas hechas con madera de abedul, papel y otros materiales, posee una belleza inolvidable.

Promesas

Sin tanta compenetración entre sí, pero con un semejante interés, Belaunaldi berria (*Nueva generación*) pone de manifiesto la asimismo muy prometedora personalidad de la pintura joven vasca. En este caso se trata de siete artistas —Jorge García (Bilbao, 1956), Alfonso Gortázar (Bilbao, 1955), Jesús M. Lazkano (Vergara, 1960), Alberto Rementería (Bilbao, 1953), Juan Daniel Tamayo (Bilbao, 1951), Pedro Txillida (San Sebastián, 1952) y Darío Urzay (Bilbao, 1958)—, los cuales nos muestran una variedad de estilos a la que no estamos acostumbrados en las ac-

tuales circunstancias de gregarismo compulsivo.

Desde la emocionante intensidad, en la línea de Lucien Freud, con que concibe Jorge García sus retratos, hasta la deslumbrante belleza con que Darío Urzay inaugura su nuevo estilo, todo lo que se expone aquí de estos pintores está cargado de autenticidad y determinación. Me vuelve a ocurrir lo mismo que antes señalaba sobre la falta de espacio, y he de lamentarme de no extenderme más con la última etapa de Gortázar, más suelta e inquietante; con el virtuosismo de Lazkano; con el interesante giro de Rementería, aproximándose a un Salle; con el denso pictoricismo actual de Pedro Txillida; con la mayor precisión del delirante espacio cúbico-surrealista de Tamayo, etcétera.

Naturalmente, con independencia de que a cada cual le atraiga una u otra cosa, lo decisivo es la impresión de riqueza del conjunto, esta cita de singularidades.